

Cacería por el famoso y centenario Pequeño Larousse –i l u s t r a d o–

Santiago Mutis Durán
Escritor bogotano



Ln diccionario de la lengua es la “reunión de todas las palabras de un idioma”, y el nuestro es el que habla España, que no habla solo castellano –sino gallego, euskera, catalán... más antiguos que el castellano–, que es lo que hablamos nosotros los colombianos, y así entramos al Diccionario –cuando entramos– primero como “americanismos”, después como “colombianismos”. De ahí la importancia –y no solo– que tiene para un país su propia literatura (y su cultura hablada, sus cuentos, fábulas y leyendas, su *folclore* –que no es una palabra castiza), que igual que los países es de regiones. En Colombia, como en España –con la que rompimos hace hoy 200 años–, se hablan otras lenguas... y en nuestro caso más de 80 lenguas indígenas, las cuales el castellano –y el Diccionario– ignora todas.

Ya sin tradición oral, podríamos decir que una lengua, un idioma, es su literatura, y entre nosotros esta se llama Tomás Carrasquilla, Juan de Castellanos, José Félix Fuenmayor, Jorge Isaacs, García Márquez...

De manera que el “español” vendría a ser el castellano que hablan las Américas, que somos

muchas, Cuba, México, Guatemala, Perú..., que tampoco hablan solo “español”. Es decir, el Diccionario es un tesoro, bastante precario, hoy en desuso, porque de esos miles y millones de palabras con las que hablamos –¿y nos entendemos?– cada día son menos.

El Diccionario es pues un Arca de Noé, dolorosamente estrecha, que se mantiene penosamente a flote en las aguas intranquilas de los tiempos. Y como cada palabra algo nombra, alguna realidad alumbrada –interior o exterior– pues el Diccionario no es solo el libro de consulta de una lengua que se expande, y también muere –palabra por palabra, como un árbol de otra vida: hoja por hoja– sino el compendio de una realidad que desaparece... bajo otra realidad que se le impone, y que –si aún nos queda tiempo, también desaparecerá. En este sentido, un Diccionario es una obra grandiosa... que espanta. Y entre más viejo ¡peor!

Durante todo un siglo buscamos y aprendimos, tal vez en todas las Américas, principalmente en solo un diccionario, una “adaptación española [de la] obra de universal fama, debida al eminente lexicólogo francés [¡] Claude Augé”:



el *Pequeño Larousse Ilustrado*. Múltiples ediciones ha tenido en castellano esta obra desde 1912, ampliándose hasta convertirse en la “vanguardia de la lexicografía española”.

Démosle una ojeada a este libro, de más de 1.000 páginas, rastreando apenas un tema, los ANIMALES, y escogiendo dentro de él solo los que están ilustrados, sin duda un valioso y hermoso trabajo, del que el propio Diccionario se siente muy orgulloso, con toda razón: “Esta ilustración [de más de 6.000 grabados], de factura muy delicada y perfectamente homogénea, es ante todo exacta: no entra en ella para nada el capricho. Constituye una lección... de valor educativo indiscutible.”

Veamos cómo sus definiciones cumplen con este propósito.

¿Cómo viven los animales en el Diccionario?

Aunque no vaya a seguir el orden alfabético con el que se ordena un diccionario, sí voy a comenzar por la “A”, por la “A” de insectos (!): Artrópodos, que incluye también a la Langosta, al Cangrejo... y demás ¡crustáceos de mesa!, o de olla, aunque también están aquí el alacrán y mil arañas... Estos insectos y crustáceos, como el Cucarrón, el Escarabajo, el mismo cangrejo, la formidable langosta y el mismísimo alacrán,

y demás “bichos” maravillosos, parecen haber inspirado a los Caballeros de Armadura del siglo XIV para forjar sus vestidos de hierro articulados, disfraces para la pavorosa guerra, en las que perdían, de un solo golpe, brazos, piernas y cabezas.

Abeja: “... cuerpo de color pardo negruzco, cubierto de vello rojizo, seis patas, cuatro alas y un aguijón...”

Abejorro: “... (coleóptero) herbívoro [que] causa mucho daño a la agricultura, pero su larva o *gusano blanco* es la que mayores estragos produce...”

Águila: “Ave de rapiña muy grande y robusta...”

Ajolote. “Animal anfibio de Méjico: *el aceite de ajolote se usó en otro tiempo como aceite de hígado de bacalao.*”

Alacrán: “Arácnido venenoso... tiene la cola terminada por un aguijón ponzoñoso.”

Ánsar: “Ave palmípeda, de carne comestible: *las plumas del ánsar servían antiguamente para escribir.*”

Arenque: “Pez parecido a la sardina que abunda en los mares del norte... es muy fecundo y viaja en bancos de millones de individuos; se come lo mismo fresco que salado o desecado al humo.”

Armiño. “Mamífero de piel muy suave y delicada, parda en verano y blanca en invierno, excepto la punta de la cola, que es siempre negra.”

Arpía: “Ave fabulosa con rostro de doncella y cuerpo de ave de rapiña... Especie de águila de América.”

Áspid: “Especie de víbora muy venenosa...”

Atún: “Pez de color negro azulado por encima y gris plateado por debajo... alcanza hasta 5 metros de largo y 900 kilos de peso. Su carne, excelente, se come fresca, esbechada y conservada en aceite de olivas.”

Ave del Paraíso: "... pájaro de Nueva Guinea muy buscado por la hermosura de su plumaje."

Avestruz: "Sus plumas, muy hermosas, son objeto de activo comercio."

Avutarda: "Ave zancuda de los países cálidos y templados, y de carne muy sabrosa."

Azor: "Ave de rapiña usada antiguamente en cetrería: ... caza rosando la tierra."

Babosa: "Molusco... de concha plana oculta bajo la piel, que segrega una baba pegajosa: ... perjudicial en las huertas."

Bacalao: "Pez gádido que llega a tener más de un metro de largo:... *muy voraz*. - ...vive en los mares árticos... donde lo pescan en verano... Se come su carne fresca o salada, y de su hígado se extrae un aceite empleado como reconstituyente."

Ballena: "Mamífero marino... el mayor de los animales... Se le hace una caza encarnizada a causa de su aceite y su grasa que son muy estimados así como los apéndices córneos que lleva en su boca."

Barbo: "Pez de río, de carne muy apreciada."

Basilisco: "Animal fabuloso: *creíase que... mataba con la vista*. Reptil iguánico de América."

Bigorrio: "Caracol marino comestible, de las costas de España."

Bisonte: "Buey salvaje de la América septentrional."

Buey: "Toro castrado... Críase... principalmente en la India, donde sólo sirve como bestia de carga y de tiro..."

Caballo: "... Hasta el siglo XIX ... fue el principal animal de silla y tiro de los europeos y su único compañero en la guerra..."

Cachalote: "Cetáceo grande parecido a la ballena, pero mucho más feroz... Se saca de sus intestinos el ámbar gris, perfume muy apreciado, y de su cabeza, el blanco o esperma de ballena, que sirve para fabricar bujías."

Camaleón: "Género de reptiles saurios... emblema de la hipocresía..."

Camarón: "Pequeño crustáceo... comestible."

Camello: "Género mamífero rumiantes...: *el animal más útil del desierto*."

Cangrejo: "... *el cangrejo toma con la cochura [cocción] un color rojo*."

Cantárida: "Insecto coleóptero de Europa, que sirve para fabricar vejigatorios [con fin medicinal]."

Capibara: "Mamífero de América del Sur, del tamaño de un cerdo pequeño y carne sabrosa."

Caponera: "Jaula donde encierran los capones para cebarlos [pollo que se castra y ceba para comerlo]."

Carabao: "Especie de búfalo de Oceanía: ... *la principal bestia de carga usada en las islas Filipinas*."

Caracará: "Ave de rapiña de América del Sur: ... *se alimenta de carne muerta*."

Caracol: "Molusco gasterópodo terrestre comestible..."

Carnero: "Animal rumiante, de cuernos oblicuos, arrugados y en espiral: ... *se cría por su carne y su lana*."

Carpa: "Pez de agua dulce... cuya carne es muy estimada, es un pez de fondo, que gusta de los parajes cenagosos... Es prodigiosa su fecundidad, y... pasa a veces de cien años."

Castor: "Mamífero roedor, cubierto de pelo muy fino ["del que se hacen sombreros"]... perjudiciales a los árboles, de cuyas hojas, corteza y raíces se alimentan... La piel del castor es muy estimada."

Y así hasta la "Z":

Zorra: "Género de mamíferos carnívoros... que comprende animales de cola peluda y hocico puntiagudo, destructores de aves y mamíferos pequeños."

En estas “descripciones” por las que hacemos pasar a todos los animales, hechas parece por un cocinero, y de muy dudoso valor educativo –lastimosamente incompletas y sin ni un ápice de amor–, no está el animal real, vivo, apenas su cuerpo y sus entrañas... y para qué nos sirve: se dice que es carnicero, perjudicial a nuestra agricultura, rapaz, ponzoñoso, voraz, comestible –crudo o cocido–, que de su piel se pueden hacer sombreros... y al que usamos, abusamos, maltratamos, desollamos, freímos, tasajamos, cebamos, domamos, sometemos, esclavizamos... y demás verbos que han nacido en nuestro trato con ellos.

Creo que nos lo comemos todo, y después de haber convertido a la Naturaleza en nuestro menú, acusamos a los animales de rapiña, de carniceros... A pesar de que sostienen nuestras civilizaciones no les guardamos consideración alguna, ni mucho menos gratitud, más bien utilizamos sus nombres para insultar, o seguir hiriendo: bestia, sanguijuela, zorra, lagarto, burro, zángano, perra, víbora, alacrán... Naturaleza a la carta, dice nuestro gourmet.

Puede que esta clase de “definiciones” desarrolle, el apetito, pero no nuestro instinto de conservación, al menos como especie. Tampoco nuestra inteligencia, o al menos nuestro saber. ¿Estamos deliberadamente provocando nosotros la extinción masiva? –se preguntan los conservacionistas.

El mes pasado, en la sección de deportes, un periódico bogotano poco sensible al tema animal registró este hecho: “entre julio y septiembre, época en la que se producen los movimientos migratorios de esos mamíferos, se estima que cada años, unos 800 animales son asesinados por los pobladores, que los cazan con cuchillos o arpones para posteriormente exhibir los cuerpos de los cetáceos en la playa... Se cree que esta práctica se remonta al año 1584, cuando los habitantes de Feroe debían almacenar su carne y grasa para los meses de invierno... La organización animalista *Blue Planet Society*... denunció que unos 20 delfines también habrían sido asesinados...”. Bajo el

título de “El mar se tiñó de rojo...” vemos la pequeña y árida bahía de una de las bellas islas Feroe de Dinamarca, efectivamente enrojecida por la sangre de “decenas de ballenas piloto” sacrificadas inútilmente y exhibidas en fila cruel como piedras que se pudren. Solo hombres vemos en la fotografía que reproduce *El Tiempo*, seguramente pescadores, de la población de Torshavn. Menos mal, ningún niño.

Otro ejemplo, demasiado actual: los mismos científicos que inventaron los insecticidas para desarrollar la agricultura y el mercado, están próximos a acabarlos, con el imprevisto de que también están poniendo en riesgo a su principal polinizador, junto con los murciélagos (“mamífero nocturno de alas membranosas parecido al ratón”): las abejas, y con ellas en peligro, nos exponen también a nosotros a grave peligro, y ni cuenta nos hemos dado.

Julio Verne, todavía optimista del progreso europeo al escribir los *Viajes Extraordinarios*, a los cuales pertenece su extensa y formativa novela *Veinte mil leguas de viaje submarino* –destinada a un público con el alma fresca, ávido de mundo y conocimientos–, narra el triunfo de la ciencia y la conquista de la Naturaleza, pero sin dejar de abismarse en la belleza ni de sentirse hondamente perturbado por la crueldad y la dominación humanas. En los vastos silencios oceánicos, engolosinado con la riqueza de la vida del mar, nos describe, de pronto, entre cientos y cientos de sorprendentes animales, las pequeñas ostras y su pesca, no ya como un “comestible muy estimado” –así dice Monsieur Larousse–, sino sus codiciadas perlas, un tesoro desde los



tiempos coloniales, y que hoy es un lujo en las joyerías del mundo, en Delft, París, Nueva York... Pero esto encierra una gran ironía, un sarcasmo: la ostra, lastimada en su delicado interior por un minúsculo objeto extraño, se defiende de ser herida –ya sea, por ejemplo, por un grano de arena o por un minúsculo parásito– y comienza a envolver ese algo que la agrede con las mismas secreciones con que suaviza internamente su concha. Durante años la ostra conjura el peligro, se protege y salva, pero la defensa que ha

elaborado será su perdición, pues esa amenaza o grano de arena que ella ha convertido en una suave perla con la caricia de su carne, la hace víctima de otra delicadeza, imprevisible y aún más refinada: la vanidad humana. La laboriosidad que le salvó la vida, ahora la condena. La ostra hizo la perla para salvarse, pero el hombre la mata para arrancársela, haciéndola ya no solo víctima de nuestro apetito sino también de nuestra fantasía.

Dice entonces Julio Verne de esta sabrosa y misteriosa víctima del hombre:

“–¿Qué es una perla? [pregunta el científico canadiense huésped del submarino].

–Amigo Ned, para el poeta, la perla es una lágrima del mar; para los orientales, una gota de rocío solidificada; para las damas, es una joya de forma oblonga, de brillo hialino [parecido al vidrio], de una materia nacarada, que ellas llevan en los dedos, en el cuello o en las orejas; para el químico, es una mezcla de fosfato y de carbono cálcico... y, por último, para el naturalista, es una simple secreción enfermiza del órgano que produce el nácar en algunos bivalvos.

–Rama de los moluscos [animales blandos] –dijo Conseil [otro científico a bordo del *Nautilus*]–, clase de los acéfalos [falto de cabeza], orden de los testáceos [“que secretan nácar, esta sustancia azul, azulada, violeta o blanca, que tapiza el interior de sus valvas”].

–¿Las almejas también? –preguntó el canadiense.

–Sí, las almejas de algunos ríos de Escocia, de...

–... La perla no es más que una concreción nacarada de forma globulosa [que] se incrusta en los pliegues del animal...

–[Y] cómo se extraen esas perlas?

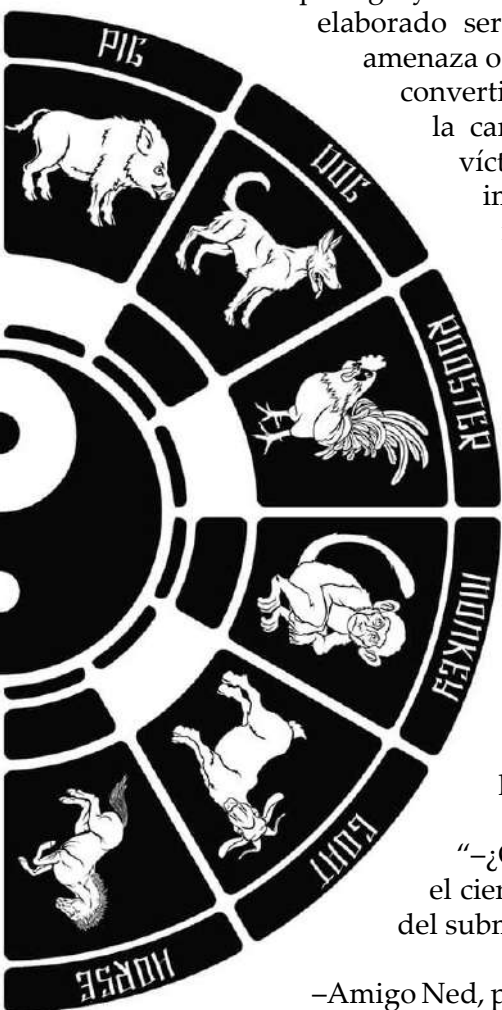
–[...] se depositan las madreperlas en unas esterillas sobre el suelo. Mueren así al aire libre, y al cabo de diez días se hallan en un estado satisfactorio de putrefacción. Se meten entonces en grandes depósitos llenos de agua de mar, y luego se abren y se lavan... [Se] separan las placas de nácar, conocidas en el comercio con el nombre de franca plateada... que se entrega en cajas... de ciento cincuenta quilos. Luego quitan el parénquima de la ostra [“tejido celular esponjoso”], lo ponen a hervir y la tamizan para extraer hasta las más pequeñas perlas.

–¿Depende el precio del tamaño? –preguntó Conseil.

No solo de su tamaño, sino también de su forma, de su agua, es decir, de su color, y de su oriente, es decir, de su brillo suave de visos cambiantes que las hace tan agradables a la vista. Las más bellas son llamadas perlas vírgenes...”

Son las Lunas y las “lágrimas” que vemos en collares y brazaletes, en pendientes... en las grandes ciudades del mundo, que las joyerías compran por miles, una por una. Las más pequeñas y de formas irregulares –dice Julio Verne– “sirven especialmente para realizar bordados sorbe los ornamentos eclesiásticos”.

Tortuoso camino el de este animal ciego con una diminuta Luna alojada en su interior, habitante



de todas las aguas dulces y saladas del planeta.

El único peligro en aquel entonces –aterrador– eran los tiburones, pero ese no es problema para el Hombre Blanco, que los arponeaba e izaba sus cuerpos muertos o agonizantes en los puentes de los barcos –cuenta Verne–: los despedazaba, les abría el vientre para “arrancarles el corazón [y] echarlos al mar.” Hoy hacemos lo mismo, para comemos sus aletas.

En forma tecnicada y muy sofisticada, o no tanto, los animales parecen haber sido nuestro laboratorio de la crueldad. Nuestra escuela. Como casi toda la Naturaleza.

Pero aquí no termina la historia. Otro gran escritor, el novelista estadounidense John Steinbek, también responde a esta pregunta en su novela *La perla*, pero de manera distinta: una perla es, nos dice a lo largo de toda su obra, ¡una tragedia social y humana! Pero esta sí habrá que leerla, o ver la hermosa película homónima, ya clásica y León de Oro del Festival de Venecia, filmada por Emilio Fernández y actuada por una de las estrellas del cine mexicano, Pedro Armendáriz.

Vivir con los animales

Con esa misma fascinación por la belleza, pero con un *método* diferente, se ocupan de ella cantores, indígenas, poetas como nuestro Aurelio Arturo, paisajistas, escritores... D. T. Suzuki nos da un ejemplo de esta diferencia en una conferencia dada en la Escuela de Medicina en Ciudad de México hace ya algunos años. Comparaba el profesor Suzuki un antiguo poema del gran Basho (1644-94) con otro del poeta inglés Tennyson, en el que el europeo encuentra una flor en la grieta de un muro en el campo, y, enamorado, la arranca: “Florequilla –pero si pudiera entender / lo que eres, con todo y tus raíces... / sabría qué es Dios y qué es el hombre.” Tal vez Basho se preguntara lo mismo, pero no le arranca a la “florequilla” las respuestas de tan mala manera. Sin violencia alguna, Basho, paciente, se aparta del sendero, se detiene, cree ver algo, se acerca, se inclina, la descubre, observa su pequeñez con cuidado, levanta la vista al árbol junto al cual crece... y preserva su

vida, volviendo al camino... un poco más alegre. Basho escribirá, sin poesía, un estricto *haiku*, para resumir en una sola imagen la experiencia, su actitud, el sereno sentimiento de admiración que le ha inspirado semejante sencillez tan difícil de descubrir, junto a un enorme y bello árbol... y su aprendizaje: solo con atención y cuidado se logra ¡ver!:

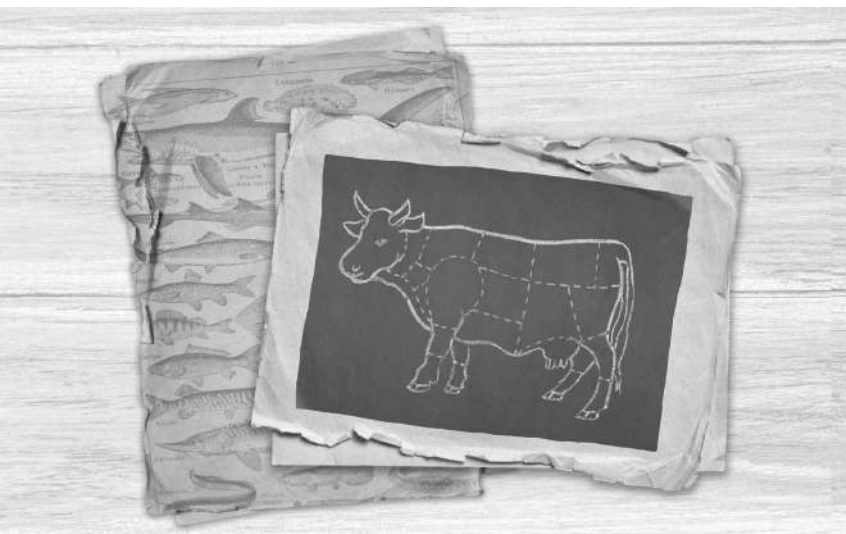
*Cuando miro con cuidado
¡Veo florecer la nazuna
Junto al seto!*

Quien no se detiene, y mira con cuidado, tampoco descubrirá mucho en el *haiku* de Basho. La humildad, la sinceridad, el conocimiento y la vida... todo al mismo tiempo, se fijan en este momento, piensa Suzuki. Pero no se trata de *método*, sino de sensibilidad, y en el caso de Basho –el poeta del Lejano Oriente–, él no desea explotar la naturaleza, ni siquiera utilizarla para sí, tan solo vivirla, lo cual despierta y pone a girar en su interior un universo afectivo, haciéndolo trascender cualquier tipo de violencia. Se trata, pues, de dos clases de riqueza, oposición cultural que se expresa nítida en la mejor literatura, cuando el escritor José Martí en Nueva York –en cuyo Central Park hay una estatua suya, junto a las de Humboldt y Bolívar– observa hermosas y elegantes mujeres de la capital del mundo transitando por la Quinta Avenida y se detienen ante las vitrinas de sus joyerías:

“Ojalá que así cotemplaran a sus hijos”.

Leopold Richter, aunque la novelista y crítica de arte Marta Traba nos lo presentó en los años 50s como uno de los dos “descubridores estéticos de América” –el otro era Wilhelm Egon Wiedemann–, es principalmente un investigador, explorador y un gran entomólogo, de cuyo saber, recogido durante años y años en el Amazonas y en la Sierra de la Macarena, no conocemos nada, perdiéndonos así sus apasionantes observaciones, por culpa de la rara vocación hermética de nuestras universidades, que lo mantiene entre cajones.

Richter, con sus dibujos, pinturas... pero sobre todo con sus enormes y luminosas cerámicas de la gente de los bosques y sus animales, debería estar –junto con los vitrales que



lamentablemente nunca hizo— en todos los sitios públicos de la ciudad, desde el Sena hasta el Banco de la República, las universidades, alcaldías, bancos, mercados, parques... como un hermoso homenaje y reconocimiento a los exploradores, conocedores y cuidadores del mismo “espíritu que respiró” Richter, los únicos que saben y aman vivir en la espesura de las selvas. Eso fue lo que Richter hizo toda su vida: estudiar. Pero una vida no alcanza, decía: “Diez veces diez vidas no serían suficientes al ser humano”. Y es eso precisamente lo que ha hecho la gente de la selva, a la que Richter admira y respeta: él es un hombre de ciencia. Por eso este sensible entomólogo observa lenta, aguda y minuciosamente la inteligencia del mundo a su alrededor. En la fresca arquitectura de una Maloca, por ejemplo, le sorprende no solo la armonía, su concepción, los materiales y belleza de estas casas comunales, sino su sabia manera de estar, aprovechar y pertenecer al mundo:

Adaptada a las exigencias del clima, su funcionalidad es arquitectónicamente hermosa —dice Richter—. Nada sobra en su claro juego de fuerzas geométricas. Ella ordena la vida indígena, controla el calor, la brisa, las lluvias y también la visita de animales, se trate de reptiles o de insectos. Eligen los indios cuidadosamente el lugar de su construcción y la aíslan entre la vegetación: “Alrededor de ella debe haber siempre una franja ancha de arena limpia”. Esta es la norma. Richter conoce “los hábitos del mosquito que transmite la fiebre amarilla:

vuela solo de día y puede acercarse a una casa únicamente cuando pasto y rastrojo forman caminos de zancudos hacia ella. Ningún mosquito atraviesa un cinturón de arena expuesto al sol” (!). Serena y sabia convivencia, con el tesoro al que pertenecemos.

Con solo una frase, Maurice Maeterlinck, premio Nobel de Literatura y autor de importantes libros científicos, como *La inteligencia de las flores* y *La vida de las abejas*, deja en los más claros términos el fenómeno al hablar del deslumbrante entomólogo francés J. H. Fabre —“el Shakespeare de los insectos”—:

“Pequeñas verdades, se dirá, las que nos ofrecen las costumbres de una araña o de una langosta. No hay verdades pequeñas; no hay más que una, cuyo espejo, a nuestros ojos inciertos, parece roto; pero cada fragmento de él contiene, tanto si refleja la evolución de un astro o el vuelo de una abeja, la ley suprema.”

En un viejo texto de los comienzos de la industrialización en los Estados Unidos, se explica lo que vamos perdiendo. Se trata de una carta escrita al presidente estadounidense, que la ecología, fundada por Alexander von Humboldt con su monumental obra *Cosmos*, ha tomado de manifiesto.

El famoso documento conocido históricamente como “Carta del Jefe Seatlte”, fue escrita al emprender las tribus indias de Norte América el penoso camino hacia el destierro —conocido como “El Sendero de las Lágrimas”—, y hoy es tenida por fundamento ambientalista. En ella se lee (1855):

“¿Qué sería de los hombres sin los animales? Si todos fueran exterminados, el hombre también moriría, de una gran soledad espiritual; porque lo que suceda a los animales también le sucederá al hombre. Todas las cosas están conectadas.” Esto lo dice el Jefe Seattle después de haber visto a “miles de búfalos pudriéndose en las praderas, muertos a tiros por el Hombre Blanco desde un tren en marcha.” Deben enseñarles a sus hijos —dice la Carta— a fin de que sepan respetar. “Enseñen a sus hijos que nosotros enseñamos a los nuestros... Todo lo que ocurra a la tierra les

ocurrirá a los hijos de la tierra. –Esto sabemos: la tierra no pertenece al hombre, el hombre pertenece a la tierra...”.

San Bernardo

Entre los más escarpados Alpes, donde antes levantamos templos y hoy cruzan carreteras, cerca del famoso Mont Blanc en la frontera actual entre Suiza e Italia –y también Francia más al oeste–, surgió el nombre de una noble raza de grandes perros, por el uso que monjes agustinos hicieron de sus hermosas cualidades caninas.

En el peligroso paso que utilizó el ejército napoleónico (1800), con el mismo Napoleón a la cabeza –en territorios por los que el guerrero Aníbal había marchado sobre Italia–, se irguió una capilla en sus desfiladeros, donde ya otros templos habían antiguamente adorado a sus dioses –Júpiter entre ellos. Sobre las ruinas de este último templo –una capilla cristiana– se fundó un hospicio, que data del s. XVI y manejan los monjes, quienes auxiliaron por siglos a caminantes extraviados, tantos, que el albergue tuvo que construirle una casa a los muertos, a donde llevaban esos solitarios cuerpos perdidos en las nieves perpetuas. El aire helado de la blanca cordillera los había momificado. Ante este peligro en los dos Pasos de los Alpes, los monjes encontraron al mejor y más eficaz de los aliados en su labor de auxiliar y albergar a los viajeros: ciertos perros cuyo infalible sentido de orientación, su irrefrenable instinto por la vida y un noble e incomprensible amor por el hombre, los convirtió en los vigías de aquellos encrestados caminos y en los mejores rastreadores de caminantes extraviados: “les avisaban con ladridos a los monjes que se apresuraban a socorrer a los viajeros”. Por eso estos enormes canes llevan el nombre del “noble saboyano que en el año 962 fundó [el primer hospicio] sobre las ruinas de aquella capilla”: San Bernardo de Mentón.

Gran San Bernardo y Pequeño San Bernardo –dice el *Larousse*–, se llaman estos pasos en los Alpes de “terror sublime”, y también el “Convento y hospicio para viajeros” fundado por San Bernardo, y vuelto a fundar una y otra vez por unos cuantos monjes y unos cuantos perros San Bernandos.

Esto es todo cuanto tenemos, y es mucho, para apartarnos de la cruda lección que nos ha venido dando por años el *Pequeño Larousse*, que en este tema no parece ser tan ilustrado, y donde lo mejor que traen sus páginas son sus verdaderas ilustraciones. Ojalá que así no lleguemos a ser nunca lo que por momentos parece que somos: el tiempo del exterminio.

*

Dos últimas cosas para cerrar, por hoy:

1). Nuestra Literatura, que podría ser el *diccionario* –pasado por el corazón– que salvara a los animales, o a nosotros mismos librándonos de la ignorancia y de la crueldad, ni siquiera los menciona. Por ejemplo, García Márquez no habla de ellos, tan solo nombra unas cuantas vacas y un gallo, de pelea y siempre al borde del agua hirviendo.

2). Podríamos, como el redactor de estos cien años de *Diccionario*, aventurar una definición de otro animal, el hombre –y la mujer–, igual de simple:

“Mamífero carnívoro, sin plumas, astuto, voraz, con solo dos patas, dominante, propenso a la agresión, poblador de todos los climas del planeta, orgulloso, capaz de alimentarse de cuanto encuentra a su paso, laborioso como la hormiga y dotado de lenguaje, pero con notables antecedentes de degustar a sus propios semejantes...”.

